

y á los otros á ser espuestos á las fieras. Un médico llamado Alejandro, que durante el interrogatorio estaba cerca del tribunal, animaba por señas á los confesores; y advirtiéndolo el pueblo, le delató. Preguntóle el presidente qué religion profesaba, y habiendo respondido que era cristiano, al instante fué condenado á las fieras. A la mañana siguiente le condujeron al anfiteatro en compañía de Atalo, á quien el inicuo juez por adular al pueblo impuso la misma pena, aunque le constaba que era ciudadano romano. Mas el odio que profesaba al cristianismo, le hizo prescindir de todas las formalidades legales, faltando de este modo á la orden que acababa de recibir del César. Padeció Atalo tambien con Alejandro los tormentos que precedian al martirio en semejantes ocasiones; nada se le perdonó, aunque antes habia sido tan atormentado, y por fin degollaron á ambos.

Todos los dias que duró la ejecucion condujeron al anfiteatro á la jóven Blandina con un cristiano llamado Póntico, que solo contaba quince años, á fin de intimidarlos, y el último dia fueron el objeto del espectáculo. Primeramente los instaron á que nombrasen con veneracion á los dioses de los paganos, pero lo rehusaron con desprecio. Despues les hicieron sufrir todo género de torturas, proponiéndoles de nuevo que confesasen ó invocasen el nombre de los dioses; pero su constancia permaneció invencible, y Póntico consumió el primero su sacrificio animado hasta el último aliento por las exhortaciones de su heroica compañera. Encerraron á esta en una red despues que sufrió los azotes y la silla de hierro ardiendo, y la entregaron á un furioso toro que la levantó en el aire muchas veces; pero al fin, como se mostraba insensible á tantas crueldades, la mandaron degollar, afirmando los idólatras que jamás habian visto una muger que padeciese con

tanta constancia. Con la muerte de tantas víctimas no se satisfizo aún su odio, sino que echaron sus miembros á los perros y guardaron los restos noche y dia para que no los enterrasen. Quemáronlos por fin y arrojaron sus cenizas en el Ródano, para quitarles, segun ellos decian, hasta la esperanza de la resurreccion. Subia á 48 el número de estos mártires.

Todavía se ven en Leon ruinas del anfiteatro donde pelearon sobre la montaña de Forviere, nombre derivado del latin *Forum vetus*, en cuyo sitio estuvo situada la antigua ciudad de Leon. Se les dió tambien el nombre de los mártires de Aisnay porque sus cenizas fueron arrojadas en el Ródano, cerca de un lugar que entonces se llamaba *Ateneo*, á causa de los egercicios literarios que allí se tenian.

La iglesia de Leon eligió por su obispo, despues de la muerte de San Fotino, al presbítero Ireneo, que habia nacido en Asia hácia el año 120 de Cristo. En su niñez le pusieron sus padres bajo la direccion y enseñanza de San Policarpo, y tambien oyó las lecciones de Papias, otro maestro santo y célebre, aunque uno de los principales autores de la opinion de los milenarios, que enseñó á su discípulo. Ireneo cultivó sus grandes talentos con el estudio de los autores profanos, indispensable entonces, ya para vencer á los gentiles con sus propias armas, y ya para confundir á los hereges que abusaban de los conocimientos filosóficos. No es extraño por consiguiente que con tanta aplicacion y con un entendimiento naturalmente vivo y penetrante, lleno de fuerza y de sagacidad, se haya hecho merecedor del aprecio de los más grandes doctores de la Iglesia, y particularmente de San Agustin, que le cita frecuentemente en sus escritos contra las heregias. La moderacion de su carácter correspondia al nombre de pacífico que tenia; aunque no por

esto dejó de hacerse Ireneo muy formidable á los enemigos de la fé, tanto con sus discursos como con sus libros. Mas no hubo jamás Pastor alguno que necesitase mas de tan grandes talentos y de tan sublimes virtudes; pues la persecucion que habia desolado la grey que tomaba á su cargo, apenas se habia disminuido algun tanto, cuando tornó á tomar nuevo incremento.

Ilustraron de nuevo la iglesia de Leon con su martirio, Epipodio, natural de la misma ciudad, y Alejandro, griego de nacion, ambos jóvenes de distinguido nacimiento. Desde su infancia habian contraido en la escuela una amistad estrecha, fundada siempre en la semejanza de sus virtudes, y se dedicaban de comun acuerdo á alentar á los confesores. Les llegó al fin la vez de ser denunciados, y por su humildad evangélica se resolvieron á ponerse en fuga y ocultarse en la cabaña de una pobre viuda, cerca del lugar llamado entonces Piedra-partida. A costa de muchas diligencias fueron encontrados; y conducidos con las manos atadas delante del presidente, confesaron á porfia el nombre de Jesucristo. El juez mandó separarlos, intentando primero vencer á Epipodio, que era el más jóven y que le pareció más fácil de ser vencido; pero el magistrado idólatra quedó tan confuso con las respuestas del jóven cristiano, que dejándose arrebatár de una indigna cólera mandó darle de golpes en la boca; mas Epipodio, escupiendo los dientes con su misma sangre, no cesaba de pronunciar estas palabras: *yó confieso que Jesucristo es Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Qué cosa más justa que tributar el homenage de mi vida á aquel que va á darme otra más feliz?* Puesto en el caballete ó ecúleo le despedazaron los costados con uñas de hierro; pero el populacho malvado, no satisfecho de la crueldad de los verdugos por parecerle muy leve, pidió á grandes

voces que le entregasen el santo mártir para despedazarle, y el presidente mandó que le cortasen la cabeza. A los dos dias sacó de la prision á Alejandro, y procuró, aunque en vano, atormentarle con la memoria de lo que habian padecido los demás mártires. Pusiéronle tambien en el caballete, y fué atormentado por tres verdugos, que cuando se cansaban eran reemplazados por otros tres; operacion que duró por largo tiempo sin que mostrara la menor flaqueza. Condenáronle por fin á muerte de cruz, y tardó poco en exhalar el último aliento. Los tormentos habian despedazado de tal suerte su cuerpo, que se le veian las entrañas por entre las costillas descarnadas. Por aquel mismo tiempo padecieron el martirio en Viena los santos Severino, Exuperio y Feliciano.

Habíanse libertado, como por milagro, de los calabozos de Leon Marcelo y Valeriano. El primero se conservó oculto por algun tiempo, aunque sin tener ocioso su celo que ejercitaba en secreto; pero hallandole una ocasion de hacerlo en público, y prometiéndose un gran fruto, juzgó que debia olvidar las reglas de la circunspeccion ordinaria. Presentóse pues al presidente Prisco, á quien halló cerca de Chalons del Saona, y le habló fuertemente en favor del cristianismo. Prendiéronle al momento, y atado á unas ramas de árboles distintos, las doblaban violentamente y las soltaban despues para que al tiempo de volver á su natural estado le despedazasen los miembros. No habiendo producido esta bárbara invencion todo el efecto que esperaban, le enterraron vivo hasta la cintura, y en este estado espiró al tercero dia. Sus continuos milagros hicieron muy solemne su culto en Chalons, donde posteriormente mandó el rey Gontran edificar un monasterio en honor de este santo mártir. Valeriano fué preso en Tournus, donde despues de sufrir las uñas de hierro

y otras torturas le cortaron la cabeza.

Pero ningún martirio tuvo tanta celebridad como el de un jóven de Autun llamado Sinfioriano: era de una ilustre y cristiana familia que le habia dado una educacion digna de su nacimiento. Un dia que sus conciudadanos estaban congregados para celebrar la fiesta de Cibeles, manifestó con la mayor libertad su aversion á este sacrilego culto. Al instante le pusieron preso y fué conducido al consular Heraclio, que tenia la autoridad judicial en aquel distrito, quien segun costumbre le preguntó en primer lugar su nombre y calidad. «Yo me llamo Sinfioriano, le replicó, y soy cristiano.» — «¿Tú eres cristiano?» le respondió el juez; ¿pues cómo has podido hasta ahora evitar mis pesquisas tan eficaces que debieran haber acabado con esa secta impia? Pero ¿por qué faltas tú al respeto á la madre de los dioses?» — Sinfioriano le respondió: «ya os he dicho que soy cristiano, y solo adoro al verdadero Dios que reina en los cielos. En cuanto á ese ídolo del demonio, si vos me lo permitiérais, yo lo reduciria á cenizas.» — «No le basta á este, exclamó Heraclio, el crimen de impiedad, sino que añade el de rebelion.» — Mandó al notario que registrase si era ciudadano, y respondiéndole este que efectivamente lo era y de una de las mas nobles familias, repuso el juez: «Jóven, mucho confias en el esplendor de tu nacimiento, porque sin duda no sabes lo que prescriben los edictos de nuestros príncipes.» — En seguida mandó al notario que los pusiese de manifiesto, y este leyó el rescripto siguiente: «El emperador Marco Aurelio á todos sus magistrados y gobernadores: Hemos sabido que los que en nuestros dias se llaman cristianos, desprecian de todo punto las leyes. Por tanto, los mandareis prender, y si no sacrifican á nuestros dioses, los condenareis á diversas torturas; de suerte que

sean inescusables si por su obstinacion se les impone el último castigo, para que con ellos se corte el mal en su raiz.» Después añadió el juez: «¿Qué te parece, Sinfioriano? ¿podriamos, aunque quisiéramos, faltar á unas órdenes tan terminantes? Tu arrogancia te hace á un mismo tiempo culpable para con los dioses y para con el emperador. Si no tomas el partido de obedecer, será preciso que laves este doble crimen con tu sangre.» — Respondióle Sinfioriano: «Nunca dejaré de mirar esa estatua como un simulacro diabólico y como un instrumento del infierno para perder á los hombres. Vuestras amenazas no me harán variar de dictámen, porque conozco bien que un cristiano que niega su fé se precipita en el mas funesto abismo; y si nuestro Dios castiga con tan terribles penas semejante cobardía, tambien tiene preparada una recompensa infinita á la perseverancia y á la virtud. Por tanto, es sin comparacion mucho mas ventajoso para mí luchar algunos momentos contra esta borrasca que naufragar, como me aconsejais, á la vista del puerto.» Viendo el juez la constancia del jóven confesor, mandó á sus lictores que le azotasen, y despues le envió á la prision.

Pasados algunos dias, lleváronle de nuevo á la presencia de Heraclio, y le dijo este: «Si quieres hoy adorar la estatua de Cibeles y ofrecer incienso al grande Apolo y á Diana, recibirás, con una gratificacion del Tesoro público, un grado militar digno de tu nacimiento: ea, pues, resuélvete á lo que conviene. ¿Quiéres que se adorne el altar para el sacrificio?» — Respondió Sinfioriano: «Perdeis el tiempo en hacerme esas promesas frívolas, y el tiempo debe ser muy precioso á un magistrado que tiene á su cargo los negocios públicos.» — Insistió el juez sin darse por ofendido, y le dijo: «Con una condicion tan fácil y tan justa como la de sacrificar á los dioses, obtendrás los honores

del palacio.» — Sinfioriano le replicó: «¿Cuán indigno es de un gefe de la justicia el servirse, para corromper la virtud, de una autoridad que las leyes ponen en su mano para castigar el crimen! Todos debemos restituir tarde ó temprano nuestra vida al autor de ella, y ¿por qué no ofreceremos como un don á Dios y á su hijo Jesucristo lo que algun dia será preciso que le paguemos como deuda? Son vuestros favores un veneno oculto en un pérfido medicamento; el tiempo arrebatá vuestros bienes como un rápido torrente; pero nuestra felicidad, por el contrario, es tan segura é inmutable como el mismo Dios Supremo que es su origen. No vió el principio de su gloria la antigüedad mas remota, y la revolucion de los siglos futuros no verá jamás su fin.» — El juez le dijo: «Hace ya mucho tiempo, jóven atrevido, que tengo la paciencia de oír los elogios de tu Cristo; si al fin no sacrificas á la madre de los dioses, yo te condeno hoy á muerte despues de haberte hecho padecer los mas horribles tormentos.» — Mas Sinfioriano contestó: «Solo temo al Dios Omnipotente que me ha criado, y solo á él adoraré; esta masa de carne y hueso está á vuestro arbitrio, pero no el alma que despues de la destruccion de mi cuerpo tornará á su origen. Considerad vos mismo el culto vergonzoso con que honrais á vuestros ídolos; mirad con los ojos de la virtud y de la razon el ceremonial infame y los gestos impuros de esos jóvenes eunucos, y cómo haceis del libertinage un ejercicio de religion. Avergonzaos de los movimientos fanáticos y de las estravagancias de los corribantes. ¿Quién no sabe que vuestro Apolo fué un artificioso y disoluto pastor de Tesalia; que sus coronas de laurel son los monumentos de su deshonestidad, y que con sus astucias engañosas supo imitar el mugido de los bueyes y la voz de los demonios? Y por lo que hace á vuestra Diana,

no cabe duda que es el demonio meridiano que anda vagueando por las calles, por los caminos y aun por los bosques, para armar asechanzas en todos los lugares, y de aquí ha tomado el nombre de diosa de las encrucijadas.»

Enfurecióse el juez, é interrumpiendo este discurso, pronunció la sentencia en estos términos: *el sacrilego Sinfioriano, convencido tan claramente de impiedad, muera degollado, para vengar á los dioses y á las leyes.* Al tiempo de salir de la ciudad para el suplicio, su madre, que era digna de tal hijo, subió á la muralla y al verle pasar le dijo en alta voz: *levanta los ojos al cielo, amado Sinfioriano, y acuérdate de las promesas del Todopoderoso, y que el martirio, lejos de privarte de la vida, te la asegura por toda la eternidad.* Luego que le cortaron la cabeza, aprovecharon los fieles la ocasion de recoger su cuerpo, y le enterraron secretamente al lado de una fuente cercana al sitio de la ejecucion. Los milagros sin número que obraba Dios en su sepulcro, le hicieron uno de los mas célebres de las Galias (a).

(a) Algunos autores aseguran, no sabemos con qué fundamento, que desde el tiempo de Domiciano hasta que fueron elevados al imperio Marco Aurelio y Lucio Vero, no se hallan monumentos en España que prueben con certeza haber habido mártires en ella. Mas semejante opinion parece debe atribuirse no á la falta de ilustres varones que con su sangre sellasen la doctrina de Jesucristo, sino á la de los que entonces se llamaban notarios porque era su oficio anotar los hechos ó actas de los mártires y confesores con el fin de leerlas despues en las juntas de los fieles y remitirlas tambien á otras iglesias. La escasez de estos notarios, y la poca ó ninguna exactitud con que se procedió en señalar los tiempos y circunstancias de los martirios, cubrieron de oscuridad casi impenetrable aquellos primeros siglos. Pero ya hemos indicado que los prefectos y procónsules continuaban las persecuciones, aun cuando con nuevos edictos se mitigaba su furor, ó se daba paz completa á los cristianos; y como por otra parte dice Tertuliano, en su *Apologético*, que la sangre de los cristianos era como semilla fecunda que se multiplicaba cuanto con mayor encono se derramaba, é incluye á la España entre las provincias en que la Religion hacia admirables progresos, podemos in-

San Sinfiriano había sido instruido y bautizado por el presbítero San Benigno, que había sido discípulo de San Policarpo, y vino al Occidente á predicar la fé con Andoco, también presbítero, y Tirso, diácono. Permanecieron algunos años en Autun, de cuya ciudad son los primeros Apóstoles, y

ferir con justa razón que en todo el dicho tiempo no dejó de haber mártires en nuestra España.—Pero además de estas razones de congruencia tenemos auténticos testimonios del martirio de los Santos Facundo y Primitivo, aunque los historiadores no estén de todo punto acordados en fijar el lugar de su martirio. El Martirologio Romano y demás monumentos eclesiásticos dicen haber sido á la orilla del río Gea en Galicia; pero como en lo terreno que entonces comprendía esta provincia hay dos ríos de ese nombre, el uno junto á Sahagun en el reino de Leon, y el otro en el mismo reino de Galicia, que al presente se llama Ancao, sostienen unos que sucedió su martirio en la diócesis de Orense, en un lugar llamado desde aquella época Castro de San Facundo, á orillas del río Ancao, al paso que otros sostienen que dichos Santos murieron en el territorio de Leon y dicen que los cristianos sepultaron sus cuerpos en un sitio donde se fundó con el tiempo un monasterio dedicado al Santo y que pertenecía á la Congregación Beneditina de España, y se llama hoy Sahagun, nombre corrompido de San Facundo. También pretenden algunos que su martirio fué anterior al imperio de Marco Aurelio. Pero lo cierto es, que los dos Santos eran soldados y dejaron de asistir á unos sacrificios públicos, porque su Religión se lo prohibía. No pudo mantenerse oculta su omisión, pues era de distinguido linaje; fueron reconocidos y convencidos de cristianos. Se les encerró en una horrorosa cárcel, en donde al principio trató el gobernador de vencerlos con blandura y halagos que despreciaron. Fueron después metidos en un horno encendido, en que permanecieron por espacio de tres dias sin recibir lesión alguna; les envenenaron luego la comida, pero ellos, haciendo la señal de la cruz sobre los manjares, comieron sin que les causase el menor daño: de lo cual maravillado el que había preparado el veneno se convirtió á la Religión cristiana, movido de la divina gracia: les rasgaron los costados con garfios de hierro, y en sus heridas y boca introducían vinagre, cal y aceite hirviendo. Ni con esto murieron, aunque no cesaron los tormentos. Les magullaron los ojos y frente y colgaron de los pies; pero al cabo de tres dias fueron hallados vivos y con vista. Por fin, enfurecido el gobernador á vista de tanta constancia, mandó los degollasen vivos, y mientras se ejecutaba esta sentencia, uno de los circunstantes exclamó que veía bajar dos ángeles del cielo con palmas y coronas.

Al mismo reinado de Marco Aurelio parece pertenecer los martirios de San Proclo y sus hermanas Domitila y Teodora. Se celebra su conmemoración el día 14 de abril (Martirologio Romano), y se asegura que ilustraron con su sangre el territorio de Beñavente, llamado *Interamnium* por Ptolomeo y por Antonino en su itinerario, por estar situado entre los rios Orbigo y Esla.

(N. del E.)

en la cual, Fausto, padre de Sinfiriano, hizo bautizasen á toda su familia; desde allí fué Benigno á Langres, y despues á Dijón; y en esta última ciudad coronó su apostólica vida con un prolijo martirio (a).

(a) Durante el siglo II, y por los años 139 del Señor, se dice haber sufrido el martirio Santa Librada y sus hermanas. El Breviario Romano en el día 20 de julio nos describe en sus lecciones la historia de esta Santa: y en suma refiere, que una muger gentil llamada Calsia, esposa de Lucio Catelio Severo, también gentil, prefecto y regulo de Galicia y Lusitania, dió á luz de un parto nueve hijas. Temiendo Calsia, que su esposo podría sospechar de su continencia, mandó á la partera que las arrojase al río; pero ésta, más compasiva que la madre, las entregó á otras tantas nodrizas para que las criasen y educaran en la Religión cristiana. Bautizaronlas y pusieronlas los nombres de Genivera, Wilgeforte, Librada, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, Marcia, Basilia, y Quiteria, todas las cuales cuando llegaron al uso de su razón se consagraron enteramente á Dios, proponiendo guardar virginidad. No tardó en levantarse una terrible persecucion contra los cristianos, y en ella fueron presas nuestras Santas y presentadas á su padre Catelio, el qual tenia su residencia en Balcacia, hoy Bayona de Tuy. A pocas preguntas que las hizo, reconoció no sólo que eran cristianas sino hijas suyas. Quiso pues, hacerlas renunciar á Jesucristo; mas no pudiendo vencerlas, y no queriendo ellas por otra parte agravar el crimen de su padre, huyeron de su poder y se retiraron; hasta que mas adelante, cogidas por los gentiles, padecieron todas el martirio, y Librada fué clavada en una cruz, despues de haber sufrido varios tormentos, en Castraleuca, lugar de Lusitania, por los años 139 del Señor. Venérase su cuerpo en la catedral de Sigüenza y es patrona del obispado. El P. M. Florez es de opinion que no se halla memoria de esta Santa ni de sus hermanas hasta el año 1300; que habiéndose esparcido en los siglos anteriores muchas actas apócrifas de los Santos, pudieron tomar el contenido de dichas lecciones de algunas de ellas; que tal vez se confundió á Santa Librada con Santa Quiteria, cuyos padres en algunos Breviarios antiguos se llaman Catilio y Calsia. Hace además algunas observaciones sobre el contenido de dichas lecciones, reputando increíbles é improbables varias cosas de las que en ellas se dicen; y por último es de opinion que habiendo recibido el obispo de Sigüenza don Simon Cisneros el cuerpo de la Santa para trasladarlo desde Florencia á su iglesia, con aprobacion y autoridad del Pontífice Bonifacio VIII, segun se lee en las lecciones de su traslación celebrada en 13 de julio, le puso uno de aquellos nombres con que se acostumbra á designar los Mártires, cuyos nombres se ignoran y que sólo son conocidos de Dios. Así venera la Iglesia universal y da culto á las reliquias de San Adalberto, Restituto, Benedito etc. De este modo juzgan quedar en pie la certidumbre de la existencia del cuerpo de esta Santa y la verdadera legitimidad de su culto; sin que se oponga á ello el dudarse si es nombre propio ó no lo es el de Santa Librada, pues si en lo primero no puede haber error, lo segundo está sujeto á equivocacion.

(N. del E.)

Prendieron á Andoco y Tirso en Saulieu juntamente con un mercader llamado Felix que los hospedaba en su casa; y despues de padecer muchos tormentos, fueron muertos á palos. Santa Pascasia, que sufrió la muerte en una edad avanzada, fué instruida también por San Benigno, y hubo además otra infinidad de mártires cuya sangre fertilizó esta tierra, preparando los abundantes frutos que en breve recogió luego la Iglesia (a).

(a) También pertenece á esta época el martirio de Santa Marciana, de quien dice el Martirologio Romano: «En Toledo, el triunfo de Santa Marciana, virgen y mártir, que fué coronada por la fé de Cristo, siendo espuesta á las fieras y despedazada por un toro» (12 de julio). La historia de su martirio la refieren algunos del modo siguiente, suponiéndola mártir en Toledo. Habia en las cercanías de esta ciudad una estatua de la diosa Diana, á cuyos pies manaba una copiosa fuente, y á este idolo se daba en el país singular veneracion. Un dia, y á vista de todo el pueblo que la ofrecia sacrificios, arrebatada la Santa de celo por culto del verdadero Dios, tiró con el mayor valor la estatua al suelo y la hizo pedazos. A consecuencia de esto los gentiles la llevaron á presencia del presidente acusándola de sacrilega. Este mandó la diesen azotes y atormentasen cruelmente, y así lo ejecutaron, quedando casi exánime la Santa; pero confortóla Dios que la guardaba para mayores triunfos. Condujéronla á un lupanar para prostituirla; pero milagrosamente y por ministerio de ángeles se levantó de improviso una gruesa pared que se interpuso entre la Santa y los lascivos jóvenes que pretendian corromperla. Fué sacada de allí y puesta en una cruz; pero el pueblo, aconsejado de un judío, empezó á clamar que la echasen á las fieras, y al instante la llevaron al anfiteatro. Echáronla un leon furioso, pero olvidado de su natural fiereza se echó á los pies de la Santa, los lamió é hizo otras varias demostraciones de cariño: en seguida soltaron un toro feroz, el cual se ensangrentó en los pechos virginales de Marciana, pero sin segundar el golpe, la dejó con vida; hasta que finalmente un leopardo consumió su martirio. Ignórase dónde desecansa su cuerpo. Esta misma historia se halla compendiada y comprobada en un himno del Breviario Mozárabe, del cual vamos á insertar la siguiente version castellana que de él hace un autor que tenemos á la vista:

Celebre la Iglesia el triunfo

De la mártir sacrosanta,

Y los cantares de todos

Hoy alaben á Marciana.

La que mientras del martirio

Desea alcanzar la palma,

Vuela al campo de la gloria,

Y á la lid resuelta marcha.

Hace pedazos la efigie

Del demonio; á cuyas plantas

De agua cristalina y pura

Copiosa fuente manaba.

Pero los hereges hacian contra la pureza del cristianismo esfuerzos mucho mas peligrosos que los perseguidores. Desde el Asia se habian estendido hasta el centro de las Galias las novedades impias por los artificios de una secta particular de gnósticos, discípulos de un Marcos que lo fué de Va-

Al pretor es conducida

Fieramente maltratada,

Y de jóvenes impuros

Al torpe amor entregada.

Pero al tiempo que estos ciegos

Pretendian violarla,

Entre ellos y ella ¡oh prodigio!

Se interpone un muralla.

Atada á un tronco el Mártir

Con crueldad inhumana

Triunfa del furor impío!

Del pueblo que la amenaza.

Porque arrojada á las bestias

Un leon viene y la halaga,

Y deja intacta á la virgen

Aunque furioso bramara.

Mas luego saliendo un toro

Cuyos mugidos espantan

Destroza sus tiernas carnes

É indómito despedaza.

Por fin otra mas ligera

Bestia con la piel manchada

En los miembros virginales

Fija el diente hasta matarla.

De este modo de los lazos

Del cuerpo escapando el alma

Gozosa y triunfante sube

A la celeste morada.

De este himno parece inferirse que la Marciana de que habla no fué muerta por un toro, sino por otra fiera que á bocado la despedazó. El Martirologio de Pedro Galesinio refiere que en Africa hubo otra Santa Marciana despedazada por un leopardo. Baronio dice que es esta misma que despues fué trasladada á Toledo. Pueden verse acerca de esto los continuadores de Papebroquio en el día 12 de julio en los *Pretermisos*.

En cuanto á las Santas Eufemia y Marina, pueden verse los tomos 17 y 23 del P. M. Florez donde se halla discutido detenidamente cuanto puede decirse. Diremos únicamente que el nombre de Santa Eufemia es muy conocido en los obispados de Tuy y de Orense; que en estas dos iglesias se encuentra desde la mas remota antigüedad canonizado el nombre de una Santa Eufemia, natural de Galicia, ó al menos martirizada allí; y además en la de Tuy hay ó habia el barrio denominado de Santa Eufemia, donde refiera Sandoval se descubrieron algunos sepulcros que indicaban haber sido poblacion antigua, y aun añade que en dicho barrio era voz pública que habia nacido la santa cuyo cuerpo está en Orense; donde se venera; si bien añade el mismo autor que otros pretenden nació en una ciudad que se llamó Calcedonia en el mismo obispado de Orense. En cuanto á santa Marina nos limitaremos á decir que de ella dice el Martirologio Romano en el día 18 de julio: «En Galicia de España la natiuidad de Santa Marina, virgen y mártir.»

(N. del E.)